

Obituarios a destiempo

El imperio del Barroco

Sealtiel Alatraste

25 de mayo de 1681: *muere el dramaturgo Pedro Calderón de la Barca, insignia de lo que se conoce como teatro barroco.*

El término barroco comúnmente designa un estilo o una época, y muy pocas veces una actitud, una manera de ser. Cuando decimos que alguien es barroco, se entiende que nos estamos refiriendo a una persona que es confusa, pero difícilmente se piensa que estamos hablando de un hombre de otra época, premoderno, digamos, cuya conducta obedece otros patrones. Empero, en sus raíces, barroco —como adjetivo— designa a alguien que tiene una actitud contradictoria o en cuyas motivaciones podemos encontrar una contradicción fundamental, alguien que se comporta, por ejemplo, como el Príncipe Segismundo —protagonista de *La vida es Sueño*, de Calderón de la Barca—, quien deseando ser libre se esclaviza; alguien como el mismo don Pedro, quien vivió porque su cuerpo prácticamente muerto fue sumergido en agua hirviendo.

El *Diccionario de arte de la universidad de Oxford* discute el término barroco y confirma el uso general de la palabra para designar un estilo rebuscado que ha venido a sustituir al término “manierista”. Dice, sin embargo, que como palabra tiene un origen confuso, pero que podría provenir del nombre portugués con que se designaba a “una perla distorsionada” (*a misshapen pearl*, según el apelativo sajón). Hoy todavía —sólo para confirmar esta hipótesis— a cierto tipo de perlas *mal formadas* se les llama barrocas, no por su malformación, sino porque en ésta se esconde su belleza. El diccionario Oxford no hace mayores alusiones a este origen, pero me parece un hallazgo semántico del que podríamos



Pedro Calderón de la Barca

deducir que lo barroco, cualquier cosa que esto sea, se refiere a algo cuya belleza o valor no resultan aparentes, y que acaso en su complejidad radique su belleza. La esencia de lo barroco, así, estaría en lo oculto, en lo que no salta, necesariamente, a primera vista. Las perlas barrocas son codiciadas porque poseen un oriente enigmático, de una variedad de grises que es muy difícil encontrar en otras perlas, y que supera con creces las imperfecciones de su forma: son, como el arte que denominamos barroco, de difícil comprensión, pues su auténtica belleza se oculta a la superficialidad de nuestra mirada. A la conducta de los escritores del Barroco le sucede tres cuartos de lo mismo: se halla oculta, agazapada en su alma, y muchas veces, ellos mismos son incapaces de percibirla.

Don Pedro Calderón de la Barca —soldado, sacerdote, y dramaturgo— parece haber encarnado desde su mismo nacimiento las contradicciones del Barroco. Se cuenta que mientras lo parían, la com-

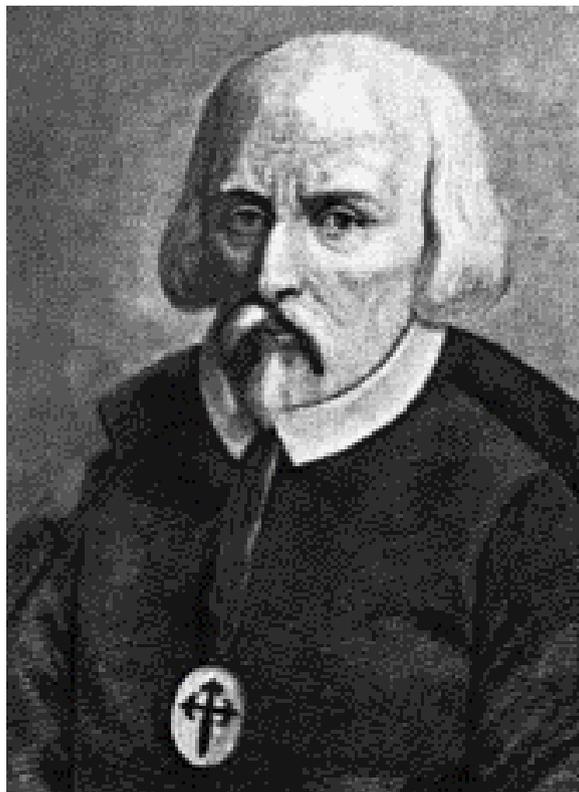
drona pensó que había nacido muerto. Se asustó tanto que cuando tuvo el cuerpecito entre sus manos calló su presentimiento, lo metió en un caldero de agua caliente ante el pasmo de su madre, y al entrar en contacto con el agua de elevada temperatura el chiquillo prorrumpió en sus primeros gritos, marcando, según la leyenda, el carácter futuro del infante.

Destinado por su padre desde su primera infancia al sacerdocio, a fin de que se hiciese con una herencia que sólo así podría ser cobrada, Calderón realizó sus primeros estudios en el Colegio Imperial de los jesuitas de Madrid. Continuó en las universidades de Alcalá y Salamanca, pero en 1620 abandonó los estudios religiosos para ingresar en la carrera militar, ganándose con ello la animadversión de su padre. No se sabe que haya sido un soldado valeroso, pero Arturo Pérez Reverte rescata, en su novela *El sol de Breda*, un episodio significativo que muestra el sesgo que habría de tomar su valentía: durante el sitio de Flandes, los soldados incendiaron un edificio para hacer huir a sus habitantes. Ante el espectáculo de las llamas omnívoras, la gente observó que un soldado español se metía entre las lenguas del fuego; pensaban que quería salvar a alguien antes de que pereciera quemado, pero no, don Pedro salió al cabo de unos minutos cargando una pila de libros: la soldadesca desconocía que aquel recinto era una biblioteca cuyo contenido, tan humano, no debía ser destruido. Aquella imagen del soldado que arriesga su vida por la cultura se quedará prendida a la pupila de Íñigo de Balboa, narrador de la novela, quien a lo largo de su vida recordará que salvar a la literatura es tan importante como salvar la vida de un amigo entrañable.

A pesar de su carácter sereno, Calderón de la Barca se vio implicado en varios incidentes violentos, como una acusación de homicidio y la violación de la clausura de un convento de monjas. Parece ser que algunos de estos sucesos fueron del conocimiento general, y que su público consideraba que el dramaturgo hacía época más allá de su literatura, como cuando recibió una cuchillada en un tumulto, durante el estreno de una de sus obras. Aunque en aquellos tiempos una cuchillada no era tan grave si se la recibía en un asalto callejero o en un duelo, no era común recibirla por haber escrito una comedia. Como si esto fuera poco, Calderón estuvo metido en líos por causa del testamento de su padre (como éste bien se lo había anticipado), y se vio obligado, junto con sus hermanos, a pleitear con su madrastra y a vender el cargo paterno para pagarle lo que ésta les pedía.

En sus comedias, Calderón utilizaba frecuentemente símbolos, como la caída de un caballo que representa la deshonra o la alteración del equilibrio natural entre los cuatro elementos. También hacía uso de algunos trucos dramáticos como la enunciación de una profecía o un horóscopo al principio de una obra con el fin de crear expectativas engañosas para el público, tal como sucede en *La vida es sueño*.

Siempre que pienso en el arte del Barroco, no puedo evitar pensar en el protagonista de esta obra, el Príncipe Segismundo, condenado por una profecía a vivir encadenado en una torre solitaria, pagando un crimen que desconoce, que no cometió pero



Pedro Calderón de la Barca

que irremediablemente lo condena. Segismundo no conoce ni su pasado ni los presagios de los hados que lo condenan, pero vive alejado de los hombres, rumiando su coraje. Sueña con ser libre, con descubrir el delito que se le imputa, pero cuando alguien le quita los grilletes y lo trasladan a palacio, sucumbe al imperio de la ira que ha ido carcomiendo su alma, y con esa desalentada rabia, el delito que no cometió revive, se convierte en una realidad aplastante, y vuelve a sentirse aprisionado, como si estuviera entre las paredes de su celda. Con Calderón de la Barca, la escenografía —que él llamaba “memoria de las apariencias”— adquirió plena relevancia. La car-

pintería teatral se convirtió en un elemento clave en la composición de sus obras, que de esa manera se transformaban en complejos emblemas alegóricos preñados de simbolismo moral. Así, la cárcel en que vive Segismundo, esa *apariencia* en la que transcurre su existencia, no será un símbolo de su vida, sino su vida misma, su memoria, la percepción de la realidad que es lo que, efectivamente, lo condena. Por ello, el Príncipe comprende que la vida no puede ser real, que es un sueño vanidoso donde la esclavitud es ejemplo de libertad, en el que, si le quitan los grilletes, el alma encadenada a las pasiones estará, en libertad, aún más cautiva: *Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño: que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.*

Temo que voy a concluir con una perogrullada, pero *La vida es sueño*, de don Pedro Calderón de la Barca, no es solamente la cifra más certera del Barroco español del siglo XVII, sino el espejo en que se ha mirado España durante siglos, espejo que la América hispana heredó como condena. Nuestra vida, nos lo enseña la historia, se parece a la de Segismundo: cada vez que en América hemos intentado crecer, construir una sociedad libre, igualitaria económica y socialmente, volvemos inocentemente a tejer las cadenas del pasado, para vivir —como Segismundo, como Calderón— atados al imperio del Barroco. ▮

Don Pedro Calderón de la Barca parece haber encarnado desde su mismo nacimiento las contradicciones del Barroco.